

Composición

Revista de filosofía habitable



La composición superior: hacia dónde tiende la teleología inmanente

Jorge Santoveña Martín

Graduado en Filosofía, Política y Economía (Universidad Pontificia Comillas); Máster Universitario en Análisis Político (Universitat Oberta de Catalunya); Licenciado en Historia (Universidad de Oviedo) y en Sociología y Ciencias Políticas (UNED); profesor de Geografía e Historia de Educación Secundaria y Bachillerato.

Resumen

El Composicionismo concibe la teleología inmanente no como un destino trascendente ni como un proceso ciego, sino como la tendencia objetiva de las formas materiales hacia composiciones de mayor consistencia no destructiva. La composición superior es el horizonte normativo de esta teleología: la máxima integración posible de los cinco ejes sin colapso ni captura parcial del todo común. No es un fin último ni una utopía; es la dirección real que emerge de la resistencia y la estabilización de la *symploké* material. Este artículo expone el concepto de composición superior, analiza su estatuto ontológico, sus implicaciones antropológicas, éticas y políticas, y muestra cómo orienta la praxis humana sin recaer en trascendencia ni en relativismo.

Palabras clave: *Composicionismo; composición superior; teleología inmanente; consistencia objetiva; todo común; no-destrucción; dirección de mayor habitabilidad.*

Abstract

Composicionism conceives immanent teleology neither as a transcendent destiny nor as a blind process, but as the objective tendency of material forms toward more consistent and non-destructive compositions. Superior composition is the normative horizon of this teleology: the highest possible integration of the five axes without collapse or partial capture of the common whole. It is neither a final end nor an attainable utopia; it is the real direction emerging from resistance and stabilization within material *symploké*. This article develops the concept of superior composition, examines its ontological status and its anthropological, ethical, and political implications, and shows how it orients human praxis without resorting to transcendence or relativism.

Keywords: *Composicionism; superior composition; immanent teleology; objective consistency; common whole; non-destruction; direction of greater habitability.*

1. Introducción: más allá de la trascendencia y del nihilismo

La filosofía ha entendido la teleología de dos maneras extremas: o como orientación hacia un Bien separado o como ilusión que debe disolverse. En el primer caso, la dirección de lo real se sitúa fuera del mundo material, en una instancia trascendente que actúa como causa final. En el segundo, toda idea de dirección es denunciada como proyección humana, como ficción sin correlato objetivo o como residuo de pensamiento metafísico. Ambas posiciones comparten un problema estructural: separan la dirección de la materia misma. Una la proyecta fuera del mundo; la otra la elimina completamente. En ambos casos, se pierde la posibilidad de pensar una orientación inmanente, inscrita en la dinámica misma de las composiciones materiales.

El Composicionismo propone una vía estrictamente inmanente. La teleología no es un fin impuesto desde fuera ni una ilusión subjetiva: es la tendencia interna de las formas materiales hacia modos de composición más estables, más integrados y menos destructivos. No es una ley universal simple ni un progreso garantizado, sino una dirección que emerge allí donde las composiciones logran sostenerse bajo resistencia. La composición superior es el nombre de ese horizonte. No es un punto final ni una meta alcanzable de una vez por todas: es la dirección real hacia la que tienden las composiciones cuando logran resistir la captura parcial y la descomposición. Es, por tanto, un concepto normativo anclado en la ontología material.¹

Esto introduce una diferencia decisiva respecto a las teleologías clásicas. No hay finalidad exterior, pero tampoco ausencia de dirección. La orientación no se impone desde fuera ni se inventa arbitrariamente; se reconoce en la estructura misma de la *symploké* material cuando esta logra estabilizarse de manera no destructiva. El nihilismo contemporáneo, al negar toda dirección, deja a la praxis sin orientación objetiva. La trascendencia clásica, al situarla fuera del mundo, la vuelve inaccesible o dependiente de mediaciones externas. El Composicionismo evita ambos extremos al afirmar que la dirección existe, pero está en la materia misma.

2. Concepto composicionista de la composición superior

La composición superior es la máxima realización no destructiva del todo común: la integración de las formas materiales objetivas, la subjetividad producida, la apariencia organizada, la política del *eros* y la consistencia del todo común de tal modo que ninguna parte se absolutice ni capture al resto. Esta definición condensa los cinco ejes del sistema en una unidad dinámica. Una composición es tanto más «superior» cuanto más logra esta integración sin que se produzca una captura parcial: cuando uno de los ejes —la técnica, el deseo, la ideología o el poder— se absolutiza, la composición deja de ser superior y comienza a degradarse.

La superioridad no implica equilibrio estático: es un equilibrio dinámico, constantemente reajustado, en el que las tensiones no desaparecen sino que son trabajadas y rearticuladas. La integración no significa homogeneización: los distintos niveles de la realidad mantienen su diferencia, pero se articulan sin ruptura destructiva. La composición superior respeta la heterogeneidad de la *symploké* y, precisamente por eso, puede sostenerla. No es un estado final: toda composición permanece expuesta a la descomposición, a la captura y a la transformación. Incluso las formas más consistentes pueden degradarse si cambian las condiciones materiales o si una parte comienza a imponerse sobre el conjunto.

La composición superior tampoco es una utopía en sentido clásico.² No describe un lugar ideal separado del mundo ni una sociedad perfecta a la que habría que llegar. Es un horizonte real: una dirección que puede ser aproximada en grados, pero nunca plenamente alcanzada. La utopía tiende a absolutizar un modelo e ignorar las condiciones materiales de su realización. La composición superior, en cambio, parte siempre de la resistencia del mundo. Su carácter normativo no deriva de una imposición externa, sino de su función como criterio de consistencia: una composición que se acerca a este horizonte tiende a sostenerse mejor, a resistir la captura y a evitar la destrucción de sus propias condiciones. Allí donde algo se sostiene sin destruir sus condiciones, se aproxima a esta dirección.

Además, la composición superior incluye necesariamente los límites materiales analizados en artículos anteriores. La muerte impide cualquier cierre definitivo y obliga a pensar la superioridad en términos finitos. La ecología impone límites sistémicos no negociables: ninguna composición puede considerarse superior si destruye la red viva mayor que la hace posible. La superioridad no puede definirse como expansión ilimitada, crecimiento sin límite o maximización de una sola variable: toda forma que crece destruyendo su base material o capturando el conjunto pierde consistencia y se aleja de la dirección superior. La composición superior tampoco elimina el conflicto: lo reorganiza, produciendo formas de mediación que impidan que la diferencia se convierta en destrucción. La mediación —institucional, simbólica, técnica, afectiva— es parte constitutiva de la superioridad. Esta debe entenderse siempre dentro de los límites de una *symploké* material finita y estructuralmente exhaustible.

1 La teleología inmanente composicionista debe distinguirse con precisión de la teleología dialéctica de Hegel. Para Hegel, el Espíritu Absoluto se despliega a través de la historia como autoconocimiento progresivo: la realidad es racional porque la razón es real, y el proceso tiene una dirección necesaria que culmina en la reconciliación del Espíritu consigo mismo. El Composicionismo acepta que la realidad tiene una estructura dinámica y que no toda dirección es equivalente. Rechaza tres supuestos hegelianos: que el proceso esté garantizado (no hay necesidad histórica, solo tendencia material); que culmine en reconciliación total (la composición superior no elimina el conflicto sino que lo articula); y que la dirección la lleve el Concepto (la teleología inmanente emerge de la resistencia material, no del auto-despliegue del Espíritu). La composición superior es un horizonte real, no una necesidad lógica.

2 La distinción entre composición superior y utopía conecta con la crítica de Bloch pero desde una posición divergente. Para Bloch en El principio esperanza, el futuro tiene una estructura ontológica de posibilidad real (Realmöglichkeit): no toda posibilidad es igualmente posible, y el socialismo como «hogar del hombre» es la tendencia objetiva de la historia. El Composicionismo acepta que la dirección no es arbitraria y que puede ser reconocida en la estructura material. Pero rechaza dos elementos blochianos: que esa dirección culmine en un estado final (el «hogar» utópico es una forma de cierre que el Composicionismo no puede aceptar sin caer en trascendencia diferida) y que tenga la forma del calor afectivo de la esperanza como motor subjetivo. La teleología inmanente composicionista es más sobria: no promete hogar sino orienta hacia mayor consistencia habitable, siempre provisional y revisable.

3. Implicaciones ontológicas y antropológicas

Las formas materiales no permanecen en un estado homogéneo ni indiferenciado. La *symploké* material muestra una tendencia a organizarse en niveles diferenciados: físico, químico, biológico, técnico, social y simbólico. Cada uno de estos niveles introduce nuevas formas de mediación y nuevas capacidades de integración, pero también nuevas posibilidades de colapso. Es posible identificar una dirección: aquellas composiciones que logran integrar más niveles sin destruir sus condiciones de posibilidad adquieren mayor estabilidad relativa y mayor resistencia frente a la descomposición. La composición superior aparece así como el punto en el que esta estratificación logra articularse sin ruptura: no acumular niveles, sino integrarlos. Una forma puede ser extremadamente compleja e, sin embargo, inestable si sus niveles no están bien articulados.

En este marco, la subjetividad no es un añadido accidental ni un fenómeno marginal: es una forma emergente dentro de esta dinámica material. Surge como modo de organización que permite nuevas capacidades de recomposición: memoria que conserva, anticipación que proyecta, lenguaje que articula, técnica que transforma, reflexión que corrige. El ser humano aparece así como el ser capaz de reconocer, interpretar y trabajar esta dirección inmanente.³ No la crea ni la impone desde fuera, pero puede orientarse en ella. Puede producir composiciones más consistentes o, por el contrario, intensificar dinámicas de captura, fragmentación y destrucción.

Sin embargo, esta posibilidad está limitada. La subjetividad no es soberana: está producida en condiciones materiales, históricas y ecológicas que no controla completamente. Aquí adquieren centralidad la muerte y los límites ecológicos. La muerte introduce la finitud radical de toda composición subjetiva; la ecología introduce el límite sistémico. Estos límites no anulan la teleología inmanente; la concretan. La dirección hacia la composición superior no es infinita ni abstracta: está situada en un mundo finito, vulnerable y condicionado. La superioridad no puede definirse como expansión ilimitada, sino como integración no destructiva dentro de límites materiales.

Desde el punto de vista antropológico, esto redefine profundamente la condición humana. El ser humano no es simplemente un animal racional, ni un sujeto libre en sentido abstracto, ni un ser condenado al absurdo: es una composición finita capaz de orientarse —en grados variables— hacia formas de mayor consistencia.⁴ Esta capacidad no es universalmente realizada ni está distribuida de manera homogénea: depende de la *paideia*, de las condiciones sociales, del acceso a la verdad, de la organización del deseo y de las estructuras políticas. La antropología composicionista no define al ser humano por una esencia fija, sino por una posibilidad: la de participar activamente en la dirección inmanente de la materia hacia composiciones más integradas. Esta posibilidad es frágil, situada y siempre amenazada, pero es real.

Además, la composición superior introduce un criterio para pensar la diferencia entre formas de vida. No todas las formas de existencia humana poseen el mismo grado de integración, de consistencia o de resistencia. Algunas amplían la capacidad de habitar el mundo; otras la degradan. La antropología deja así de ser descriptiva para volverse también normativa en sentido material: permite evaluar qué formas de vida se acercan a la integración no destructiva y cuáles tienden a la descomposición. El ser humano no es simplemente lo que es: es lo que puede llegar a componer dentro de los límites de un mundo material finito.

4. Implicaciones éticas y normativas

La composición superior transforma la ética en praxis orientada. La acción ya no se evalúa únicamente por reglas formales, por intenciones subjetivas o por consecuencias aisladas, sino por su contribución efectiva a la integración no destructiva del todo común. Actuar éticamente no significa simplemente «hacer el bien» en abstracto, sino intervenir en la realidad de manera que aumente la consistencia del conjunto sin destruir sus condiciones de posibilidad. Esto obliga a pensar cada acción en su inserción material, en sus efectos a medio y largo plazo y en su relación con otros niveles de la *symploké*. La ética se vuelve así necesariamente compleja, situada y mediada.

La consistencia objetiva se convierte en una medida dinámica: cuánto una vida, una institución o una práctica se aproxima a la integración no destructiva de los ejes. Esta dimensión dinámica introduce la posibilidad de error y de aprendizaje: ninguna acción está garantizada de antemano como correcta y toda praxis debe someterse a evaluación a partir de sus efectos reales. La virtud, en este marco, es la estabilización de esta dirección en hábitos y decisiones concretas: no obediencia a normas externas ni adecuación a un ideal abstracto, sino capacidad de sostener composiciones que resistan la captura y la descomposición. Esto implica disciplina, atención, reordenamiento del *eros* y capacidad de corrección. La virtud no elimina el conflicto interno, pero lo organiza: una vida virtuosa no es aquella sin tensiones, sino aquella capaz de articularlas sin desgarramiento destructivo.

El bien se redefine como habitabilidad finita lograda: no perfección ni felicidad abstracta, sino capacidad de sostener una vida consistente dentro de límites reales. Esto implica aceptar la finitud, integrar el conflicto y orientarse hacia composiciones no destructivas. La ética composicionista es, por tanto, una ética de la urgencia teleológica. Urgencia, porque la finitud impide la postergación indefinida de la recomposición; teleológica, porque existe una dirección objetiva que orienta la acción hacia formas de mayor consistencia. Esta combinación evita tanto la dispersión relativista —no todas las formas de vida son equivalentes— como el dogmatismo trascendente —rechaza la imposición de normas absolutas desligadas de la realidad material—.

La ética composicionista incluye necesariamente una dimensión institucional y política. Las formas de vida, las normas, las estructuras sociales y las condiciones materiales influyen directamente en la posibilidad de una vida ética. No basta con la voluntad individual; se requieren composiciones colectivas que la hagan posible. Finalmente, la ética se redefine como práctica continua de recomposición: no hay punto de llegada definitivo ni estado de perfección alcanzado de una vez por todas. Cada situación exige volver a componer, evaluar, corregir y sostener. La ética no es un código: es una práctica sostenida de composición bajo límite y en dirección.

5. Implicaciones políticas

La polis es el lugar donde la teleología inmanente se vuelve colectiva. Las composiciones individuales no pueden sostenerse de manera consistente si no están insertas en estructuras políticas que las permitan, las orienten o las bloqueen. La dirección hacia la composición superior no puede realizarse únicamente a nivel individual: una subjetividad aislada, incluso bien orientada, difícilmente puede sostenerse si las condiciones estructurales del entorno favorecen la captura, la fragmentación o la destrucción.

Una polis justa es aquella que organiza las condiciones para que las composiciones tiendan hacia la superior. Esto implica subordinar el poder, la economía y la técnica a la no-destrucción del todo común: cuando el poder se autonomiza, cuando la economía se convierte en fin en sí mismo o cuando la técnica opera sin límite, se produce una ruptura en la integración de los ejes que conduce a la descomposición. La subordinación no significa eliminación de estos ámbitos, sino su reintegración: el poder es necesario, la economía es imprescindible, la técnica es constitutiva de la vida humana, pero ninguno de ellos puede absolutizarse sin destruir el conjunto del que dependen.

La *paideia* juega aquí un papel central: no hay política composicionista sin formación de subjetividades capaces de reconocer la dirección de mayor consistencia. Debe hacer visible la estructura de la realidad, las condiciones de la consistencia y los riesgos de la captura. Sin esta formación, la teleología inmanente queda oscurecida por la apariencia organizada. Además, la *paideia* debe operar también sobre el *eros*: no basta con conocer la dirección; es necesario deseirla. Una polis que no reorganiza el deseo de sus miembros queda expuesta a la captura por dispositivos que sí lo hacen.

La política composicionista debe evitar cualquier régimen que absolutice una parte: clase, tecnología, ideología, capital, identidad o cualquier otro elemento que pretenda erigirse en principio único. Toda absolutización introduce una dinámica de captura que rompe la integración del conjunto y conduce, a medio o largo plazo, a la descomposición. La justicia política no puede medirse solo por procedimientos formales: el criterio decisivo es estructural —si la polis aumenta o disminuye la capacidad del conjunto para sostenerse de manera no destructiva—. Esto obliga a evaluar las políticas por sus efectos reales sobre la integración de los ejes: si fortalecen o debilitan la red ecológica, si amplían o reducen la capacidad de orientación de las subjetividades, si favorecen o bloquean la transmisión, si intensifican o contienen la captura del deseo.⁵

3 La tesis de que «el ser humano es el ser capaz de reconocer, interpretar y trabajar esta dirección inmanente» sin crearla ni imponerla desde fuera introduce una posición filosófica sobre la especificidad de lo humano que merece ser comparada con Spinoza. Para Spinoza, el conato —esfuerzo de perseverar en el propio ser— es la esencia de todo ser; pero sólo el ser humano puede pasar de servidumbre a libertad mediante el conocimiento de las causas que lo determinan. El Composicionismo acepta que la subjetividad introduce una diferencia funcional: la capacidad de intervenir conscientemente en la dirección de la composición. La diferencia: en Spinoza esa capacidad está anclada en el conocimiento del tercer género (intuición sub specie aeternitatis); en el Composicionismo, en la reconstrucción operatoria bajo resistencia del mundo. No hay conocimiento de eternidad sino práctica de composición bajo finitud.

4 El antecedente aristotélico de la composición superior es la eudaimonia como actualización de las potencias específicas del ser humano. Aristóteles concibió el bien como la realización de la función propia (ergon) del ser humano: la actividad del alma de acuerdo con la excelencia. El Composicionismo acepta que la evaluación normativa no puede separarse de lo que algo es capaz de ser y hacer, y que hay una diferencia real entre formas de vida más o menos desarrolladas. La diferencia decisiva: la eudaimonia aristotélica está anclada en una naturaleza humana previa y en una escala de las funciones del alma. La composición superior no presupone naturaleza humana fija ni jerarquía de facultades; se define por la integración no destructiva de los cinco ejes en composiciones históricamente producidas. No hay un «hombre completo» al que llegar, sino composiciones que pueden ser más o menos consistentes.

5 La afirmación de que la composición superior no es progreso inevitable pero sí dirección discernible separa al Composicionismo de dos posiciones modernas sobre el devenir histórico. La Ilustración (Condorcet, Kant en Idea para una historia universal) postula el progreso como tendencia necesaria de la razón que se realiza en la historia. Las posiciones anti-ilustradas niegan toda dirección: la historia es ciclo, azar o pluralidad incommensurable de relatos. El Composicionismo no puede aceptar ni la necesidad ilustrada —que

La política de la composición superior no promete armonía perfecta ni resolución definitiva de los conflictos: organiza condiciones para aproximarse a una mayor habitabilidad finita, sabiendo que esta siempre es parcial, frágil y revisable. Es una política de orientación, no de cierre. No busca imponer un estado final, sino sostener un proceso de recomposición continua. Esto exige instituciones capaces de corregirse, de adaptarse y de responder a nuevas formas de descomposición. Finalmente, la política composicionista redefine el sentido mismo de lo común: el todo común no es una abstracción ni una suma de individuos, sino la estructura material, simbólica y ecológica que hace posible la vida compartida. Su sostenimiento es la tarea central de la política. Gobernar no es simplemente administrar: es componer sin destruir.

Conclusión

La composición superior no es un fin trascendente ni un progreso inevitable. No remite a una meta situada fuera del mundo ni a una culminación garantizada del devenir histórico. Es el horizonte real hacia el que tiende la teleología immanente cuando las formas materiales logran sostenerse sin capturarse ni destruirse. Su realidad no es la de un punto de llegada, sino la de una dirección inscrita en la propia dinámica de la *symploké*. El Composicionismo no promete salvación ni armonía perfecta: ofrece algo más exigente y más real, la inteligencia de que existe una dirección objetiva de mayor consistencia y que esa dirección puede ser reconocida, evaluada y trabajada conscientemente.

Esta inteligencia no elimina la dificultad, sino que la hace más visible. Saber que existe una dirección no garantiza seguirla. Implica asumir la responsabilidad de orientarse en un campo donde siempre es posible desviarse, degradarse o ser capturado. La dirección hacia la composición superior no elimina el conflicto ni la finitud: se realiza dentro de ellos y a través de ellos. Las tensiones entre niveles, intereses y formas de vida no desaparecen, pero pueden ser articuladas de manera que no destruyan el conjunto. No hay punto final en el que todo quede resuelto: toda composición, por superior que sea, permanece expuesta a la transformación, al desgaste y a la descomposición. La superioridad no es un estado, sino un proceso.

Componer superiormente es la única forma de habitar con verdad un mundo material, finito y conflictivo. Esta práctica se despliega en todos los niveles: en el cuerpo, en el deseo, en el conocimiento, en el arte, en la técnica, en la política y en la relación con la ecología. Habitar con verdad no significa eliminar la dificultad, sino asumirla sin fuga ni autoengaño. La dirección existe, pero no se impone: debe ser reconocida, trabajada y sostenida en cada nivel de la vida individual y colectiva. Ninguna vida puede sostener por sí sola composiciones superiores si el entorno colectivo se descompone. La dirección hacia la composición superior es necesariamente común, aunque se realice en prácticas concretas y situadas.⁶

La composición superior no es un destino: es una tarea permanente. Esta concepción no cierra la reflexión sobre la teleología; la abre a la práctica diaria de la recomposición urgente y orientada. La teleología deja de ser un problema puramente teórico para convertirse en una cuestión práctica: cómo orientar cada acción, cada institución y cada forma de vida hacia mayor consistencia sin destrucción.

Notas

1 La teleología immanente composicionista debe distinguirse con precisión de la teleología dialéctica de Hegel. Para Hegel, el Espíritu Absoluto se despliega a través de la historia como autoconocimiento progresivo: la realidad es racional porque la razón es real, y el proceso tiene una dirección necesaria que culmina en la reconciliación del Espíritu consigo mismo. El Composicionismo acepta que la realidad tiene una estructura dinámica y que no toda dirección es equivalente. Rechaza tres supuestos hegelianos: que el proceso esté garantizado (no hay necesidad histórica, solo tendencia material); que culmine en reconciliación total (la composición superior no elimina el conflicto sino que lo articula); y que la dirección la lleve el Concepto (la teleología immanente emerge de la resistencia material, no del auto-despliegue del Espíritu). La composición superior es un horizonte real, no una necesidad lógica.

2 La distinción entre composición superior y utopía conecta con la crítica de Bloch pero desde una posición divergente. Para Bloch en El principio esperanza, el futuro tiene una estructura ontológica de posibilidad real (Realmöglichkeit): no toda posibilidad es igualmente posible, y el socialismo como «hogar del hombre» es la tendencia objetiva de la historia. El Composicionismo acepta que la dirección no es arbitraria y que puede ser reconocida en la estructura material. Pero rechaza dos elementos blochianos: que esa dirección culmine en un estado final (el «hogar» utópico es una forma de cierre que el Composicionismo no puede aceptar sin caer en trascendencia diferida) y que tenga la forma del calor afectivo de la esperanza como motor subjetivo. La teleología immanente composicionista es más sobria: no promete hogar sino orienta hacia mayor consistencia habitable, siempre provisional y revisable.

3 El antecedente aristotélico de la composición superior es la eudaimonia como actualización de las potencias específicas del ser humano. Aristóteles concibió el bien como la realización de la función propia (ergon) del ser humano: la actividad del alma de acuerdo con la excelencia. El Composicionismo acepta que la evaluación normativa no puede separarse de lo que algo es capaz de ser y hacer, y que hay una diferencia real entre formas de vida más o menos desarrolladas. La diferencia decisiva: la eudaimonia aristotélica está anclada en una naturaleza humana previa y en una escala de las funciones del alma. La composición superior no presupone naturaleza humana fija ni jerarquía de facultades; se define por la integración no destructiva de los cinco ejes en composiciones históricamente producidas. No hay un «hombre completo» al que llegar, sino composiciones que pueden ser más o menos consistentes.

4 La afirmación de que la composición superior no es progreso inevitable pero sí dirección discernible separa al Composicionismo de dos posiciones modernas sobre el devenir histórico. La Ilustración (Condorcet, Kant en Idea para una historia universal) postula el progreso como tendencia necesaria de la razón que se realiza en la historia. Las posiciones anti-ilustradas niegan toda dirección: la historia no es arbitraria y que puede ser reconocida en la estructura material. Pero rechaza dos elementos blochianos: que esa dirección culmine en un estado final (el «hogar» utópico es una forma de cierre que el Composicionismo no puede aceptar sin caer en trascendencia diferida) y que tenga la forma del calor afectivo de la esperanza como motor subjetivo. La teleología immanente composicionista es más sobria: no promete hogar sino orienta hacia mayor consistencia habitable, siempre provisional y revisable.

5 La tesis de que «el ser humano es el ser capaz de reconocer, interpretar y trabajar esta dirección immanente» sin crearla ni imponerla desde fuera introduce una posición filosófica sobre la especificidad de lo humano que merece ser comparada con Spinoza. Para Spinoza, el conato —esfuerzo de perseverar en el propio ser— es la esencia de todo ser; pero sólo el ser humano puede pasar de servidumbre a libertad mediante el conocimiento de las causas que lo determinan. El Composicionismo acepta que la subjetividad introduce una diferencia funcional: la capacidad de intervenir conscientemente en la dirección de la composición. La diferencia: en Spinoza esa capacidad está anclada en el conocimiento del tercer género (intuición sub specie aeternitatis); en el Composicionismo, en la reconstrucción operatoria bajo resistencia del mundo. No hay conocimiento de eternidad sino práctica de composición bajo finitud.

6 La conclusión de que «la composición superior es una tarea permanente» —y no un destino— tiene una consecuencia metodológica para el propio sistema. Si ninguna composición puede considerarse definitivamente superior, el Composicionismo tampoco puede considerarse la formulación filosófica definitiva de la composición superior. Está sujeto a los mismos criterios que aplica: debe seguir siendo reconstruido, corregido y recompuesto bajo la resistencia del mundo y del diálogo filosófico. La circularidad no es viciosa: el sistema que anuncia que ninguna composición es definitiva se incluye a sí mismo en esa afirmación. La revista Composición es el espacio donde esa autocorrección puede tener lugar. El A20 cierra el primer ciclo temático de la revista no como clausura del sistema sino como confirmación de su apertura estructural.

Bibliografía

Aristóteles. *Física*. Madrid: Gredos, 1995.
Aristóteles. *Metafísica*. Madrid: Gredos, 2014.
Aristóteles. *Ética a Nicómaco*. Madrid: Gredos, 2014.
Armesilla, Santiago. *La vuelta del revés de Marx*. Barcelona: El Viejo Topo, 2020.
Bloch, Ernst. *El principio esperanza*. Madrid: Trotta, 2004.
Bueno, Gustavo. *Ensayos materialistas*. Madrid: Taurus, 1972.
Bueno, Gustavo. *El sentido de la vida*. Oviedo: Pentalfa, 1996.
Bueno, Gustavo. *Teoría del cierre categorial*. Oviedo: Pentalfa, 1992.
Hegel, G. W. F. *Fenomenología del espíritu*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2000.
Hegel, G. W. F. *Ciencia de la lógica*. Madrid: Abada, 2011.
Heidegger, Martin. *Ser y tiempo*. Madrid: Trotta, 2003.
Jonas, Hans. *El principio de responsabilidad*. Barcelona: Herder, 1995.
Kant, Immanuel. *Crítica del juicio*. Madrid: Espasa, 2007.
Marx, Karl. *Manuscritos de economía y filosofía*. Madrid: Alianza, 2001.
Marx, Karl, y Friedrich Engels. *La ideología alemana*. Madrid: Akal, 2014.
Platón. *República*. Madrid: Gredos, 2020.
Platón. *Fedón*. Madrid: Gredos, 2010.
Platón. *Timeo*. Madrid: Gredos, 2010.
Santoveña Martín, Jorge. *El mundo no se contempla. Se compone. Composicionismo: inversión materialista integral del platonismo. Génesis y sistema*. Letrame, 2026.
Spinoza, Baruch. *Ética demostrada según el orden geométrico*. Madrid: Alianza, 2011.
Taylor, Charles. *Hegel*. Barcelona: Anthropos, 2010.
Zubiri, Xavier. *Sobre la esencia*. Madrid: Alianza, 1985.
Zubiri, Xavier. *Inteligencia y razón*. Madrid: Alianza, 1983.

produce dogmatismo teleológico— ni la ausencia postmoderna de dirección —que produce relativismo práctico—. Hay dirección real, pero no garantizada. El horizonte existe pero la realización es contingente, frágil y reversible.

6 La conclusión de que «la composición superior es una tarea permanente» —y no un destino— tiene una consecuencia metodológica para el propio sistema. Si ninguna composición puede considerarse definitivamente superior, el Composicionismo tampoco puede considerarse la formulación filosófica definitiva de la composición superior. Está sujeto a los mismos criterios que aplica: debe seguir siendo reconstruido, corregido y recompuesto bajo la resistencia del mundo y del diálogo filosófico. La circularidad no es viciosa: el sistema que anuncia que ninguna composición es definitiva se incluye a sí mismo en esa afirmación. La revista Composición es el espacio donde esa autocorrección puede tener lugar. El A20 cierra el primer ciclo temático de la revista no como clausura del sistema sino como confirmación de su apertura estructural.